

*la Deidad suprema, ó cuando no lo culpemos tan severamente, es menester asegurar que es tonto de primera clase... ¡Vaya! no hay que arrugar las cejas; atienda usted: Si tuviera usted un hijo pequeñito, ¿se pondría de propósito á espantarlo sabiendo que le había de resultar de esto un gran mal?*

—Seguramente no.—Menos permitiera usted que los criados de su casa lo espantaran.—¡Ya se ve que no! ¿cómo se los había de permitir?—¿Y se persuade usted á que habrá algún padre que así lo haga?—Es cosa que no puedo creer, porque semejante crueldad es ajena del amor de padre.—Pues bien; yo pienso que usted, hermana, vive entendida en que Dios nos ama infinitamente más que el padre más tierno á sus hijos.—Así lo debo creer precisamente y lo creo en efecto.

—Pues ahora se halla usted en el estrecho de confesar que el que cree esa multitud de espantos de demonios y apariciones de muertos que se cuentan entre el vulgo, ó es un necio que da entrada libre en su cabeza á estas farándulas, sin hacer el uso más mínimo de su razón, ó es un impío que juzga á Dios capaz de cometer con sus criaturas la crueldad que no cometería un mortal miserable con sus hijos. ¿Qué dice usted?

—Cierto que no sé qué responder; pero yo nunca he pensado de Dios de esa manera ni he tenido lugar, cuando me han espantado, para hacer esas reflexiones.

—Así lo creo, y en no hacerlas consiste la facilidad de espantarse y creer prodigios sobrenaturales á cada paso, á pesar de las verdades que sabemos de rutina. Usted sabe que Dios la ama infinitamente; pero cuando se asusta, no se acuerda para nada de este amor ni hace justicia á su inmensa bondad y misericordia. Sabe usted también que el Ser Supremo no hace milagros sin necesidad; pero ignora que para que el demonio ó un muerto se aparezcan es necesario que haga Dios dos milagros cuando menos: uno el de formar la apariencia de cuerpo sin materia, y el otro que resista este objeto terrible un espíritu tímido como el nuestro sin desamparar el cuerpo. Con esta ignorancia no es mucho que usted se preste á creer con la mayor facilidad todo lo que le cuenten acerca de esto, ni que, acostumbrada á semejante modo de juzgar, se asuste y se sorprenda con cualquier ruido, con cualquiera sombra extraña.

—Pero, hermano, yo mil veces he leído y oído decir que los difuntos se han aparecido, especialmente á las almas buenas, para pedirles que hagan sufragios por ellos, y ya usted ve que estas apariciones han sido con necesidad y se deben tener por verdaderas.

—Ya dije, hermana, de todos esos casos yo creeré los que la santa Iglesia haya aprobado por seguros, que son muy raros; los demás téngolos por ilusiones de gentes melancólicas, pues no hallo un adarme de nece-

sidad para que un muerto se aparezca á los vivos para pedir que manden decir una misa por su alma; que restituyan lo que él usurpó; que saquen dinero enterrado, ni que hagan otros encarguitos de esta clase.

Además de esto, ¿no ha detenido usted alguna vez la consideración para advertir que todos los espantos de que hablamos se cuentan acaecidos en lugares lóbregos, sombríos, oscuros, de noche, á determinadas horas, cuando no tiene compañía el espantado, y casi siempre sin más fruto que el terror que deja en el ánimo? Pues todas estas ridículas circunstancias no prueban otra cosa sino que todos los espantos son efecto de la cobardía é ignorancia de las gentes crédulas y espantadizas.

¿Acaso el Señor de los ejércitos respetará ó temerá á los miserables mortales para no presentar á su vista los objetos con que los asusta, cuando se hallan acompañados? ¿Le infundirá algún miramiento la presencia del sol ó de la luz, ó serán bastantes para detener sus designios las horas iluminadas por el día? Fuera un absurdo el pensar tan dependiente y limitado á todo un Dios. Pues semejante reflexión sería muy suficiente para calmar el terror en los espíritus demasiado febles.

En efecto, si Dios quisiera que viésemos al demonio ó á un muerto, como dicen, fuérase para nuestra corrección, para nuestro castigo ó para alguno de sus inexcrutables designios; ¿no lo veríamos en la mitad del día, y

aunque estuviésemos rodeados de un ejército? Seguramente: porque ¿quién se opondrá á la voluntad del Todopoderoso?

Muy acompañado estaba el sacrilego rey Baltasar, brindando en un suntuoso banquete en los vasos sagrados que su padre Nabucodonosor había robado del templo de Jerusalén, rodeado de sus mujeres y concubinas y de mil convidados, cuando apareció una espantosa mano que escribió en la pared estas terribles palabras: *Mané, Thecel, Pharés.*

—¡Qué horror! ¿Y qué hizo el rey al ver la formidable mano?

—¡Qué había de hacer! se asustó de manera que se le inmutó el semblante; las rodillas le temblaban y se tocaban una con otra. Su pavor se aumentó cuando el joven Daniel le descifró las tales palabras, diciéndole que, en pena de sus idolatrías y sacrilegios, moriría, y su reino sería entregado á sus enemigos. Todo se cumplió según la exposición del Profeta; Baltasar murió esa misma noche, y los persas y medos se posesionaron de su reino.

¿Ya ven ustedes qué caso tan terrible? Pues Dios, para cumplir su voluntad entonces, no tuvo que esperar que estuviera el rey solo, ni en lugar obscuro ni sombrío, ni que diera el relox las doce de la noche. Al instante que quiso se cumplió su decreto soberano, como se cum-

plirá eternamente. Conque debemos hacernos cargo de todas estas razones para no ser tan fáciles de creer la multitud de espantos que nos cuentan, y cuando ustedes gusten vamos á recogerlos, porque ya las muchachas están durmiéndose.

Se levantaron todos de la mesa, y el coronel con su familia se retiró á la recámara donde habían asustado á Pomposa; pero antes previno que todas las cosas se pusieran en su lugar y como siempre se habían puesto; que él había ido con deseos positivos de ver al diablo, y que estuviesen todos dispuestos para levantarse cuando los llamara, porque no excusaría esta diligencia si el pobre diablo tenía la bondad de visitarlo aquella noche y satisfacer su curiosidad como deseaba. Con esto se fueron las dos familias á sus respectivas recámaras.

Don Dionisio se estuvo despierto platicando acerca de la instrucción de su concuño, con su mujer y con la beata, que decía:

—Aquí donde ustedes me ven estoy muerta de miedo, porque el coronel no dejará de hacer una de las tuyas. Yo no las tengo todas conmigo, y si este hombre no es hereje ó brujo ó cosa que lo valga, no hay ley en puercos rosillos. Sí, Dios me lo perdone; pero gente que no cree en milagros, que no tiene miedo al diablo y que se incomoda saliendo de su casa sólo por venirlo á ver, no puede ser nada buena.

Así se entretenía esta familia, mientras el coronel se divertía con la suya, ponderando la sencillez de don Dionisio en creer, lo mismo que Eufrosina y Pomposa, que había ésta visto al demonio.

—Todo esto, añadía, es efecto de una educación abandonada á la ignorancia. Si desde niño hubieran persuadido á tu cuñado que todos esos espantos son cuentos de viejas, ahora, lejos de darles crédito, hubiera convencido de su falsedad á su mujer y á su hija.

Pudenciana amenizó la conversación de sus padres, refiriéndoles por menor la fervorosa conversión de su prima, y lo decidida que estaba á ser ermitaña, harto confiada en que la visitarían los ángeles.

Se reían los señores alegremente con este chiste, cuando, como á la hora de haberse acostado, dijo el coronel á su esposa:

—¿Ves, hija, la sombra que se acaba de ver en aquella pared? pues sin duda ésa fué á la que puso nombre de diablo Pomposita.

Doña Matilde y su hija se incorporaron en la cama, y vieron en efecto la dicha sombra no sin algún sustillo, porque hacía una figura bien extraña y se movía de cuando en cuando.

—¿Y qué será, papá? preguntó Pudenciana.

—Eso es lo que hemos de examinar. Estense ahí quietas, yo me levantaré... Vamos, ya está analizada la

causa de este espanto. Es bastante natural, lo mismo que yo la esperaba. Aguárdenme. Voy á llamar á esos buenos señores para que la vean.

Sin perder tiempo se dirigió mi tutor á la recámara de don Dionisio, y oyéndolo hablar con su mujer, le dijo:

—Vaya, hermano, levántese usted con los demás, y vengán á ver al diablo despacio, que ya nos hizo el favor de venir.

Al oír esto enmudeció don Dionisio, tembló Eufrosina, Pomposa estuvo á pique de desmayarse y la tía María se persignaba sin cesar; pero por fin se levantaron todos á las repetidas instancias del coronel, quien iba por delante, y los demás lo seguían con pasos detenidos.

Llegaron á la recámara, donde esperaban muy tranquilas Matilde y su hija.

—¿Es este el diablo que viste, Pomposita? preguntó don Rodrigo.

—Sí, dijo ésta, toda temblando.

—Pues no te asustes, salgamos á esta sala, y verás al enemigo malo, no en sombra, sino en su mismo cuerpo.

Se resistía Pomposa y la beata la detenía estirándola del túnico para que no saliera; hasta que, tomándola su tío de la mano, la sacó rodeada de todos los suyos,